

ANDREA FREDIANI

300 GUERREROS



loóveda

Título original: *300 guerrieri. La battaglia della Termopili*
Editado en Italia por Newton Compton editori s.r.l.
Roma, Castella postale 6214

Primera edición: 2011

© 2007 Newton Compton editori s.r.l.
© de la traducción: M.P.V., 2011
© de esta edición: Bóveda, 2011
Avda. San Francisco Javier 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
www.editorialboveda.com
ISBN: 978-84-937430-8-6
Depósito legal: M. 13.460-2011
Impresión: Lavel Industria Gráfica, S. A.
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

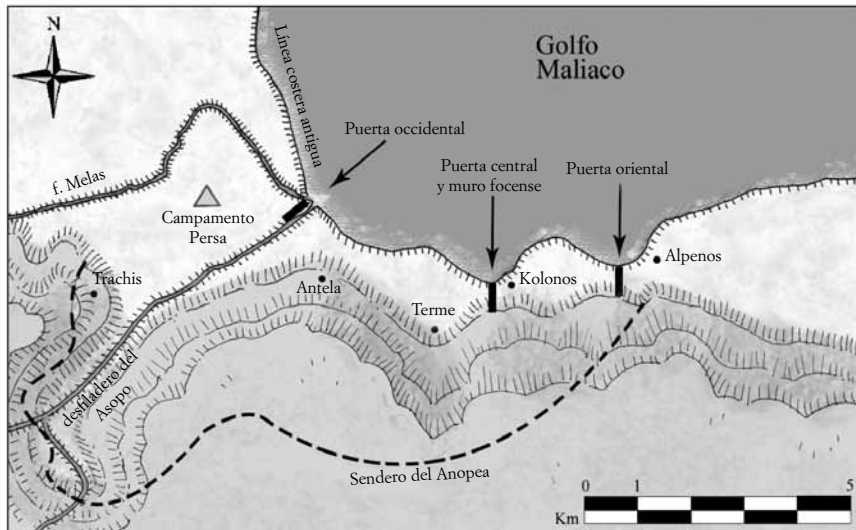
AL LECTOR	11
<i>Prólogo: ESPARTA</i>	15
LOS ELEGIDOS	29
ÚLTIMA NOCHE EN ESPARTA	45
EL SACRIFICIO	68
EN MARCHA	88
LAS AGUAS CALIENTES	107
COMO LOS ARGONAUTAS	124
LA PELEA	151
ESPÍA DE LEÓNIDAS	167
UN NUEVO TRIUNFO	186
LOS LUCHADORES	200
EL ESCUDO DE ORO	218
LLEGAN LOS PERSAS	231
SICARIO	252
DETRÁS DE LAS LÍNEAS ENEMIGAS	270
FUGA DEL CAMPAMENTO PERSA	285
VIGILIA	306

LA ARMADA SE ALINEA	321
EL IMPACTO	336
MORTALES E INMORTALES	357
LOS RESTOS MORTALES DEL HOPLITA	375
TRAICIÓN	391
CONSEJO DE GUERRA	409
MUERTE DE UN REY	425
LA ELECCIÓN	442
LUCHA DESESPERADA	459
LA COLINA DE LOS HÉROES	474
GORGÓ	490
<i>Epílogo</i> : PLATEA	507
Nota del Autor	525

LA GRECIA DEL SIGLO V A. C.



LAS TERMÓPILAS



AL LECTOR

HE ELEGIDO INDICAR LAS MEDIDAS EN METROS Y KILÓMETROS para facilitar la lectura y no obligar al lector a realizar cálculos continuos para comprender las distancias, interpretando los términos griegos en uso en el siglo V a. C. Sólo en presencia de indicaciones genéricas he utilizado el estadio, la unidad de medida correspondiente a 600 pies, de longitud variable en función de las regiones, que en líneas generales queda comprendida entre los 177 y los 193 metros. Del mismo modo, también para los pesos he adoptado las unidades de medida actuales.

En relación con todo lo demás, considero útil ofrecer un pequeño glosario de palabras griegas que se han empleado con más frecuencia en el libro.

Agogé: adiestramiento y educación de un joven espartiatá.

Amentum: correa de cuero envuelta alrededor de una jabalina para cogerla mejor.

Bakterion: bastón de mando del pentecontarca.

Balbis: línea de salida de una carrera.

Bater: línea que marca el inicio del salto de longitud.

Quitón: túnica.

- Éforos:** los cinco magistrados espartanos con el cargo más alto.
- Enomotarca:** comandante de enomotia.
- Enomotia:** pelotón, unidad compuesta por un número variable de 24 a 30 soldados.
- Eunomia:** el armonioso orden del Estado espartano.
- Fobos:** Dios del miedo.
- Gerusia:** asamblea de los ancianos de Esparta.
- Halteres:** pesos para el salto de longitud.
- Himatión:** manto empleado a modo de toga.
- Hippeis:** guardias del rey espartano.
- Hoplitódromo:** carrera de atletas en panoplia.
- Ilota:** esclavo espartano.
- Ippagretos:** magistrados encargados de elegir a la guardia real.
- Kanon:** listón para las mediciones de los saltos.
- Lacedemón:** nombre empleado por los ciudadanos de Esparta para referirse a la misma.
- Locago:** comandante del batallón.
- Lochos:** batallón.
- Mora:** división, unidad compuesta por varios centenares de soldados.
- Oba:** uno de los cinco pueblos/distritos que componían la ciudad de Esparta.
- Hoplita:** infante pesado helénico.
- Ouragos:** sustituto del enomotarca.
- Panoplia:** equipamiento del hoplita, construido por el casco y la coraza, las canilleras, el escudo, la lanza y la espada.
- Pentecontarca:** comandante del pentekostyes.
- Pentekostyes:** compañía, unidad compuesta por un número variable de 48 a 60 soldados.
- Perieco:** hombre libre de la Laconia, pero sin los derechos y los privilegios de los espartanos.
- Polemarco:** comandante del regimiento o de la división.

- Porpax:** brazalete interno del escudo.
- Pterugi:** tiras de cuero para proteger la pelvis.
- Riptaspis:** literalmente, «aquel que abandona el escudo», o lo que es lo mismo, un cobarde.
- Satrapia:** gobernación persa.
- Schinieros:** canilleras de bronce.
- Sissitías:** asociación de guerreros espartanos.
- Skamma:** arena para la lucha.
- Spara:** escudo persa de mimbre.
- Sparabara:** aquel que lleva el escudo persa.
- Espartiata:** perteneciente a la casta de los «Iguales» o lo que es lo mismo, la clase dirigente espartana.
- Estafilodromo:** corredor / perseguidor en las competiciones para las fiestas Carnee.
- Stirax:** «matador de luciérnagas», o lo que es lo mismo, la punta posterior de la lanza.
- Strigile:** instrumento utilizado por los gimnastas para quitarse del cuerpo el aceite y el sudor.
- Stromata:** alfombrilla para las campañas durante la noche.
- Tribon:** manto rojo que llevaban los espartanos casi siempre, menos durante las batallas.
- Tyche:** fortuna.

En las Termópilas no murieron todos los 300 espartanos que el rey Leónidas condujo contra Jerjes. Al menos uno, un cierto Aristodemo, se salvó. Y quedó condenado para siempre.

Esta es la historia de la épica batalla pero también la narración de los acontecimientos de un grupo de héroes, y el destino de un hombre que combatió entre su propio deber y sus convicciones personales.

PRÓLOGO

ESPARTA



LA MUJER SE LEVANTÓ DEL JERGÓN CON INDIFERENCIA, COMO si no hubiera nadie junto a ella. Por otro lado, ¿por qué tenía que considerar la presencia de Aristodemo? El espartiatá no había conseguido nada en todas aquellas horas de intimidad. Su falta de acción se había transformado en un duermevela.

La observó, todavía desnuda, mientras la esclava se recogía el pelo con el pañuelo, que anudó sobre la oreja del lado izquierdo, dejando al descubierto sólo la frente y la parte superior de la nuca. Siguió mirándola mientras ella se ponía el quitón dándole descaradamente la espalda. Le pareció que lo estuviera provocando, con aquel movimiento de la cadera que realizaba para ponerse el vestido, ondeando las nalgas, nalgas que él no había sabido apretar con la vehemencia y la intensidad que se esperaba de un hombre.

«Estúpida ilota», pensó Aristodemo. «Debería serme grata por la atención que le ha prestado un Igual. Que le agradezca a Apolo si no hago que la castiguen, por no haberme sabido excitar. Quizás no sabe excitar ni siquiera a uno de esos animales con los que copula habitualmente. No sabe emplear

las manos, la boca la usa sólo para comer. ¿Cómo puede pensar que una así puede ponértelo duro? Y además no es ni siquiera atractiva, con ese cuerpo feo, como si fuera un animal de tiro, sobre todo ante los ojos de quien está acostumbrado a compartir el placer con los espartiatas».

Concentrado en buscar justificaciones de su escasa prestación, no se dio cuenta que ya no estaba mirando fijamente las nalgas de la amante, sino un punto indefinido en la pared. La joven se había ido, dejándolo frente al mismo dilema de los días anteriores. ¿Qué haría durante el resto del día?

En general se había recuperado, salvo algunos dolores que de vez en cuando aparecían en el oído derecho. A fin de cuentas éstos le molestaban menos que los del espíritu. Se había curado, pero pasaba todavía gran parte del tiempo en posición horizontal, pensando. Nunca, en treinta y cuatro años de vida, había pensado tanto como hasta entonces. Le habían dicho siempre lo que tenía que hacer, dando por descontado que él se sentiría orgulloso de hacerlo, sólo porque era un Igual. Y él lo había hecho, orgulloso de pertenecer a una clase privilegiada, los espartiatas, élite de un pueblo privilegiado, el lacedemón, a su vez perteneciente a una cultura privilegiada, la helénica.

No había puesto jamás en duda ninguno de los preceptos impartidos por la sociedad espartana. Desde que tenía siete años de edad, había compartido con sus coetáneos el adiestramiento y la dura disciplina prevista para los espartanos, la vida comunitaria lejos de las jóvenes, la comida austera que les daban en el comedor, las expediciones para buscar más o los castigos padecidos cuando se demostraba que no era bueno robando, los pillajes contra los ilotas, las breves campañas en Laconia y en Mesenia. Había crecido en el culto a los héroes de Homero, de la superioridad lacedemón sobre las otras *polis* helénicas, y un poco también en la envidia hacia los atenienses,

que desde hacía una década se vanagloriaban de haber detenido ellos solos al gran ejército del rey Darío de Persia.

Su espíritu de grupo nunca había disminuido, en ninguna circunstancia, desde la infancia, ni nadie había podido jamás considerarlo indigno de pertenecer a la casta de los Iguales. Había destacado en diferentes ocasiones en las Olimpiadas, en las otras competiciones panhelénicas y en aquellas lacedemonias, si bien los *ippagretos* no lo habían incluido nunca entre los *hippeis*, los trescientos que constituían el cuerpo de la guardia real. Siempre había realizado su propio deber en las batallas. Y en las Termópilas, Leónidas se había valido de él para encargos delicados, alineándolo desde el principio en la primera línea. Tampoco él había sentido la necesidad de pedir el cambio a los *rincalzi*, al menos hasta que sus ojos lo habían sustentado, si bien nadie había sobrevivido para poder contarlo. Entonces, ¿por qué sentía vergüenza si le veían por las calles?

Se levantó con dificultad, cansado por la apatía, de la que todavía no sabía si se tenía que sentir prisionero o dueño. Pasando la mayor parte del día solo, sin nada que hacer, se había visto abrumado por los interrogantes que le habían condicionado en las Termópilas. ¿De verdad era un espartiatas? No había dudas sobre el hecho de que Eurito se hubiera demostrado como tal, ¿pero él? De acuerdo, había compartido siempre la visión de la vida y los asuntos de los Iguales, pero en aquella última circunstancia había elegido actuar siguiendo sus propias convicciones. ¿Había actuado de forma correcta o se había equivocado? Y si lo había hecho bien, ¿significaba que todo el sistema se resquebrajaba? ¿O quería decir solamente que él no estaba hecho para el sistema? ¿O quizá, acaso, que él *no estaba a la altura* del sistema?

Si se hubiera tratado de una circunstancia ordinaria, como la supresión de una revuelta en Mesenia, o una guerra en

la frontera del Peloponeso, ni él ni los otros habrían dado peso al modo en el que se había comportado. Pero aquella era *la* circunstancia, el acontecimiento esperado por cada espartiatia para demostrar que se merece el privilegio de vivir la vida de un guerrero. Quien vive como guerrero tiene que morir como un guerrero. Y precisamente ese era el punto, ¿se había comportado de forma diferente a los demás, o *peor* que los demás?

Pero, ¿era ciertamente un privilegio vivir como un espartiatia? ¿No eran, quizás, más felices los periecos, que tenían sólo obligaciones durante una parte del día y podían elegir cómo divertirse? Podían estar con una mujer, si lo deseaban, cualquier noche de la semana; podían incluso estar a solas, si así les apetecía. A él, ahora, eran estas cosas las que le parecían verdaderos privilegios.

Pero quizás razonaba ahora así sólo porque percibía que no se había comportado como un espartiatia. *Que no había estado a la altura* de comportarse como un espartiatia. Esopo había tenido la oportunidad de enseñar muchas cosas con aquella historia del zorro y la uva. Sólo ahora valoraba de nuevo los factores y los elementos que había despreciado siempre y situado en un segundo plano, como manifestaciones de debilidad y de un comportamiento instintivo propio de los inferiores.

Se acercó a lavarse la cara, como para limpiarse de los pensamientos impuros. Llevaba al menos veinticuatro horas sin hacerlo, pensó. Sentía encima el olor rancio del vello bajo las axilas, sobre el pecho y alrededor de la pelvis, donde se había secado el sudor de un día de elucubraciones y no aquel tras la relación con la esclava, demasiado suave para dejar un rastro. Su aliento no podía ser mucho menos, valoró en la distancia. El vino que había tomado cuando había llegado la joven, y la cebolla con el pan comidos a la fuerza, tenían que haber dejado un rastro disgustoso en su boca.

«No debo que tener un aspecto agradable», pensó. Un mes de inactividad le había debilitado, perdiendo el volumen de sus músculos esculpidos como los de la estatua de un dios. El pelo largo se había enredado, y lo sentía pegado a lo largo del cuello y de los hombros, como si se tratara de la raíz de un árbol. El flequillo le caía de forma irregular delante de los ojos, quitándole espacios verticales de visión. La barba, larga, en muchos puntos endurecida por el vino, descendía irregular por la barbilla y le cubría íntegramente las mejillas; migas de pan acampaban alegremente en aquella selva negra, en la que se veían algunas manchas grises.

«¿Será por esto que mi esposa no quiere verme?» pensó con una consciente punta de ingenuidad. «Kalos Aristodemos me llamaban, antes de todo este asunto. El guapo Aristodemo. Pero ahora no tengo que ser un espectáculo muy bonito». Tras su regreso la había encontrado muda, incluso ciega ante su presencia, con la mirada que buscaba siempre, desesperadamente, un punto diferente de su figura. Así, al menos, le había parecido percibir desde que había recobrado la vista, si bien parcial y limitada en su ojo derecho.

Había durado poco, por suerte. Una semana antes ella había cargado sus cosas en un carro y se había trasladado, llevándose también al niño, demasiado pequeño para que también Aristodemo pudiera percibir en él alguna señal del desprecio con que la ciudad parecía nutrirlo. ¿O quizás se había ido porque *sabía*?

De alguna forma, no obstante, había logrado saber, se convenció. No era posible que su esposa lo juzgara por lo que había ocurrido en la guerra sin ni siquiera haber hablado con él. Entonces, de alguna forma, había conseguido saber de él y Gorgo.

Gorgo.

Ella no había venido a verle.

Si de verdad su esposa sabía algo, había hecho bien no dejándose ver.

Ella no había venido a verle.

Había razones de oportunidad para que no se presentara ante él, de acuerdo. Pero, pero...

Ella no había venido a verle.

¡Ni siquiera una carta! ¡Un mensaje a través de un esclavo!

Ella no había venido a verle.

No quiso ni siquiera tomar en consideración la posibilidad de que no se hubiera dejado ver por el mismo motivo por el que todos le evitaban. Y sin embargo había pasado más de un mes desde su regreso, y ni siquiera una señal. Por Zeus, ¡parecía que no podía antes vivir sin él!

Ella no había venido a verle.

Le pasaron por la mente las palabras de ella, pocos días antes de la salida hacia el Septentrión.

—Me gustaría hacerme cargo de ti como una esposa —le había dicho—. Curarte si estuvieras herido, asistirte cuando no estuvieras bien.

Pero ella no había venido a verle.

Y bien, ahora estaba mal. Se encontraba herido, si bien no por un adversario. Podía al menos acudir su alma, haciéndole saber que se acordaba de él, que le hubiera gustado acercarse aunque no podía.

Tisia entró de repente, asustándole. Ridículo, pensó. No había movido un músculo ni siquiera frente a los Inmortales del gran rey, y ahora se dejaba asustar por un esclavo. Era su esclavo, el ilota que le había acompañado al norte. No podría contar nunca con él en una batalla, ni siquiera como un infante: era robusto y gordo, lento en los movimientos, torpe. Más bien desagradable de aspecto, tenía modales vulgares y una nariz aquilina, tan marcada que le tapaba parte de la boca. Sin em-

bargo era juicioso y preciso, siempre en los alrededores cuando Aristodemo le necesitaba, y solícito a la hora de satisfacerle. Un siervo ideal, qué más daba si no sabía combatir.

Tisia estaba contrariamente preocupado. En pocas ocasiones lo había visto así, ni siquiera durante la campaña. Se permitió incluso cogerle por las muñecas y zarandearlo, mientras le llenaba de palabras al principio incomprensibles a los oídos convalecientes de su dueño.

—¡Euribiade ha ganado a Salamina! —le pareció entender, sólo después de que su siervo se lo hubiera repetido una docena de veces en toda la cara—. Lo han acorralado entre la isla y la costa y aquellos han terminado por enfrentarse unos contra otros. ¡El gran rey ha presenciado desde el promontorio de Cinosura la destrucción de su flota!

Quizás Tisia se esperaba que Aristodemo le preguntara algo, y se detuvo para retomar el aliento, separándose de él para mirarle con atención. Sólo entonces pareció darse cuenta de que su dueño no estaba interesado por los asuntos de este mundo.

El espartiatá no habló, ni cambió de expresión. Se dio la vuelta, en cambio, y se dirigió de nuevo hacia el jergón, donde se agachó, apoyando los codos sobre las rodillas y sujetándose la cabeza entre las manos. Su mirada permaneció ausente.

Tisia siguió animado, como si le hubieran formulado las preguntas.

—Los nuestros se han encontrado rodeados, con los egipcios en el noroeste de Salamina, los fenicios en el suroeste y los jonios en el sureste. Era precisamente lo que nuestros estrategas querían. Euribíades con sus dieciséis naves se encontraba dentro de la bahía, frente a los jonios, mientras los atenienses estaban a su derecha, delante de los fenicios. En vez de esperar a los helenos en mar abierto, los almirantes de Jerjes se

han dejado llevar dentro de la bahía por la progresiva marcha atrás de los nuestros, hasta cuando el sonido de una trompeta ha llamado al ataque. En ese punto, los persas se han encontrado con la costa en sus costados, a los nuestros delante y sus naves que seguían detrás. No podían continuar hacia delante, ni dar marcha atrás sin chocar con nadie, ni tenían el espacio suficiente para maniobrar. Es más, parece que algunas naves de los bárbaros hubieran conseguido derrotarla solamente golpeándola y hundiendo algún que otro buque de su flota, para abrirse el camino hacia el mar abierto. Habrán dejado en ese pequeño espacio de mar más de doscientos restos, ¡y precisamente bajo la atenta mirada de Jerjes!

Aristodemo, antes que nada, tuvo que hacer memoria del hecho de que todavía estaban en guerra. Nada se había decidido en las Termópilas, ni en el Artemisio. Los persas se habían esparcido por el Ática y la entera Grecia central, amenazando con pasar el istmo de Corinto y entrar también en el Peloponeso. Atenas había sido conquistada y sometida con la fuerza y el fuego. Incluso la acrópolis no había permanecido inviolada. Se encontraba suficientemente dentro de los asuntos político-militares de las Hellas para saber que había sido Temístocles, más que el comandante supremo Euribíades, quien había delineado la estrategia de la victoria y pretendido, antes que nada, arrestar a la flota aliada alrededor de Salamina en vez de en el istmo. Por otro lado, los atenienses constituían los dos tercios de la armada griega, y el estratega de Atenas tenía que haberlo tenido presente.

Si sólo hubieran vencido en Artemisio, de las Termópilas no habría vuelto vivo únicamente él.

Su mente volvió a formular conceptos bélicos. La formación militar se encontraba demasiado unida a su naturaleza para que no estuviera presente en una situación parecida, si

bien su estado de ánimo había apartado en un lejano hueco de la mente su existencia de soldado. Consideró que sin el dominio del mar Jerjes habría podido hacer bien poco, a pesar de que sus tropas realizaban correrías a lo largo y ancho de la península helénica. El Peloponeso se encontraba bien defendido por las fortificaciones que se habían construido en el istmo por Leotíquidas, el rey de Esparta todavía en vida, y no se tenía por qué temer una invasión por la parte meridional de la península. Quizás el gran rey habría podido ejercitar el dominio de algunos sectores de la península, de todos modos lejos de la Laco-nia. En cualquier caso, los espartanos tenían bien poco por lo que ponerse nerviosos, y esto era lo que contaba de verdad.

Se le pasó por la mente un pensamiento. El desprecio que le tenían se suavizaría, ahora que el sacrificio de los Trescientos y de Leónidas en las Termópilas se había revelado determinante para el desarrollo de los asuntos bélicos.

Claro, se dijo a sí mismo, ignorando a Tisia que, de vez en cuando, seguía hablando. El miedo ante la invasión había generado sentimientos negativos, induciendo a la gente a hacer de él una cabeza de turco. Los ciudadanos tenían el terror de que los persas cayeran encima de ellos de un momento a otro, por lo que sentían un cierto rencor contra él, porque no los había defendido hasta el último extremo.

Ahora *Ella* le mandaría una señal. Quizás vendría incluso en visita oficial, para saludar al único superviviente de las Termópilas y sentir de su propia voz la historia de la muerte del soberano. ¿Quién podría pensar mal, en este caso? Y además, todo empezaría de nuevo, como antes de la marcha.

Por primera vez desde hacía un mes tomaba la iniciativa en algo. Ordenó a Tisia que le preparara el agua para el baño, mientras él se sentaba y se concentraba en el pelo y la barba, para estar presentable. Se cortó la barba del rostro que consi-

deró que era demasiada, sobre todo alrededor de las mejillas, y las enjuagó para que estuvieran más suaves. Luego pasó al pelo, que peinó con tal fuerza que se arrancó algunos mechones de cabello.

No tardó mucho tiempo en afeitarse. No tenía que arreglarse para ir a verla, sino sólo un poco, lo suficiente para salir a la calle y llegar hasta la casa de Pantites. En Esparta, después de la batalla, se habían encontrado sólo durante un instante, ante la presencia de otras personas, sin poder intercambiar sus respectivas impresiones. En realidad, Pantites le había visto a él, pero él no había podido ver más que la ságoma del conmitón, ya que sufría todavía por la infección en los ojos que le había salvado y arruinado la vida.

No estaba más alegre que antes, pero sí determinado y con ganas. Una vez fuera de la piscina, en el suelo, se secó e hizo que Tisia le trajera un quitón. Terminó de vestirse con ayuda del esclavo, poniéndose sobre el hombro una capa, pero no el tribon, una capa roja de espartiatia con el que habría llamado demasiado la atención, sino con el *himation*. Tisia lo anudó sobre el hombro izquierdo, pasándolo bajo el brazo derecho y dejándolo caer sobre el antebrazo izquierdo. El pelo estaba todavía mojado cuando se colocó en la cabeza el petaso, el sombrero de fieltro con el ala ancha, y salió con paso ligero.

Muy pronto dejó atrás el barrio de Cinosura, donde vivía, arrojando sólo una breve mirada hacia la derecha, al santuario de Atenas Alea, que si bien se encontraba cerca de su residencia no veía desde hacía tiempo. Subió hacia el norte, hacia el barrio de Limne, donde vivía Pantites, bordeando el Eurotas y recorriendo la orilla de la izquierda, alargando algo el recorrido. Pudo disfrutar sin embargo de la fresca brisa matutina, que las aguas del río intensificaban, en aquella agradable jornada de finales del mes de septiembre, despertándose

del torpor del último mes de su existencia. Además, pasando justo fuera del centro habitado, tenía forma de evitar la multitud de la ciudad, ya en movimiento a pesar de que todavía no era la hora del mercado. En contra de su renovada determinación, temía todavía las miradas y el juicio de la gente.

Quizás él y Pantites no tenían, por otro lado, tanto en común, reflexionó. Él había participado en la batalla, al menos en los dos primeros días, para luego no combatir de nuevo en el tercer y fatídico día. Pantites, en cambio, había sido enviado en busca de refuerzos, regresando cuando todo había terminado. Había recibido órdenes bien precisas, y en su voluntad no se apreciaba ninguna responsabilidad por su falta de participación en la batalla. Vamos, nadie podía imputarle nada a aquel joven.

A fin de cuentas, era difícil que el conmlitón entendiera su estado de ánimo. Nadie habría podido nunca acusar a Pantites de no haber realizado su propio deber hasta el fondo, ni éste podría sentirse nunca culpable, salvo por un genérico sentimiento de compañerismo que empujaba a cualquier hoplita a llorar por no haber compartido el mismo fin reservado por el destino a los compañeros. Aristodemo no lo conocía lo suficiente para establecer cuánto había incidido en el joven la ausencia forzada del campo de batalla, pero de una cosa estaba seguro: no podría sentirse peor que él, y quizás ni siquiera podría entender el tormento interior que lo devastaba desde el día en el que sus compañeros habían muerto.

Dejó a su izquierda el santuario de Artemisia Ortia, que constituía el extremo oriental de la ciudad, y siguió subiendo el Eurotas. Vio en el lado occidental la silueta familiar de la acrópolis, pero prefirió girar a la derecha, hacia el río, eligiendo seguir el flujo de sus pensamientos para compartirlos con Pantites más que recriminar por lo que todavía no había compartido con Gorgo.

Entró en el habitado de Limne. Y nadie se fijaba en él por la calle. Todos intercambiaban opiniones sobre la reciente victoria de Salamina, y a sus oídos llegaron también las conversaciones y valoraciones sobre el argumento de parte de grupos de mujeres. No todas, naturalmente, poseían su visión y su competencia militar. No comprendiendo que el ejército persa, sin el control del mar, era una lanza sin punta, casi todos seguían teniendo miedo. Esto complicaba bastante la situación.

Procedió con rapidez hacia la casa de Pantites; si algo se había torcido de nuevo en su mente, su cuerpo no lo vio. Sabía dónde vivía el conmlitón cuando no hacía vida comunitaria. Viviendo prácticamente juntos, los espartanos conocían todo de cada uno de sus compañeros. Al igual que la suya, la casa de Pantites era una construcción relativamente modesta, como se imponía a un Igual. En Atenas, una casa parecida habría pertenecido a un artesano. En la zona de acceso, una muralla no más alta que un hombre delimitaba un patio interior y constituía el frente exterior de uno de los tres cuerpos del fabricado. El edificio, en el lado opuesto del patio, el único en dos niveles, constituía una verdadera habitación. La fachada presentaba dos ventanas en el piso superior y una ventana y una ventanilla en el lado inferior. El tejado había sido construido a dos aguas con tejas en barro cocido, a diferencia de los otros dos edificios, apoyados contra un lado del edificio principal. Las fachadas estaban todas encaladas, menos la parte inferior que estaba con la piedra a la vista.

La puerta, con un pequeño tejado de barro, no estaba cerrada. Aristodemo la cruzó, dirigiéndose hacia la entrada del edificio principal. No había nadie en el patio, ni tuvo respuesta cuando llamó a la puerta. Esta última se abrió tras los golpes que dio con los nudillos, como si la casa poseyese una vida propia y hubiera decidido dejarle entrar. El espartiatá cruzó el um-

bral con reluctancia, preso de un repentino deseo por volver a conmiserarse en su propio jergón.

Pero era demasiado tarde. Su mirada había caído en el cuerpo exánime de Pantites, colgando como un saco de un travesaño del techo, con el cuello apretado por la cuerda con la que se había ahorcado.

Muerto. También él.

También él, como Leónidas, Alfeo, Marone, Deniece, Eurito, Ditirambo.

Ahora era él el único que había sobrevivido.

Ahora si que se encontraba solo de verdad.

LOS ELEGIDOS



— ¡E RA HORA! —EXCLAMÓ DENIECE, CUANDO UN esclavo le informó de la decisión de los éforos. El robusto espartiatá levantó los brazos en señal de victoria, y los espectadores que estaban a su alrededor atribuyeron sus gestos tan teatrales a la hazaña recién realizada por el estafilodromo, que acababa de alcanzar al atleta que iba por delante de él.

Las competiciones de las fiestas Carneas se encontraban en pleno desarrollo. El hecho de que el atleta perseguidor, con la cabeza envuelta con las vendas sagradas, hubiera alcanzado al que dirigía, se consideraba de buen augurio, y el público mostraba su gratitud. La satisfacción de Deniece, a la par de aquella de los amigos que le rodeaban, se centraba en la posibilidad de marchar hacia el frente. Desde hacía semanas se hablaba mucho de cómo los espartanos se podían implicar en la guerra contra los persas invasores. A fuerza de tergiversar, se había llegado a la festividad en la que los ciudadanos subordinaban todo lo demás.

Las celebraciones duraban sólo nueve días, del 7 al 16 de agosto, pero el ejército bárbaro estaba ya tan cerca que obliga-

ba a los lacedemonios a tomar una decisión inmediata. Lo pedía la situación, y lo pedía toda la Grecia, ya movilizada y en espera de la contribución espartana. Por otro lado, también estaba el comportamiento ridículo realizado una década antes, en ocasión de la invasión del rey Darío. También en aquella circunstancia el acontecimiento se había producido en correspondencia con los juegos lacedemonios, con el resultado de que el mérito de haber destrozado a los persas se lo habían llevado los atenienses y los platenienses. El ejército espartano había llegado a Maratón sólo cuando todo estaba ya hecho, y para constatar el trabajo realizado por los aticas y los beocios.

Si la circunstancia se repetía, no sólo el prestigio de Esparta sufriría de forma casi irreparable, sino que la misma Laconia se vería en peligro. Se decía, de hecho, que el ejército organizado por el hijo de Darío, Jerjes, era de proporciones enormes, y que la flota que lo acompañaba era igualmente imponente. Los griegos habían asistido impotentes a su avanzada en Tracia y Macedonia, perdiéndose durante meses en estériles discusiones sobre la estrategia que tenían que adoptar.

Los espartanos habían propuesto una estrategia centrada sobre un amplio frente en el istmo de Corinto, ante el temor de encontrarse con la flota persa por detrás en caso de una línea defensiva septentrional. Naturalmente, los atenienses habían visto en tal solución un testimonio del orgullo lacedemón. En el congreso de Corinto afirmaron que si habían entrado en la Liga del Peloponeso —algo no indiferente a su orgullo—, no era para verse abandonados ante la furia persa. Incluso entre los peloponesiacos habían surgido voces disidentes. Había quien decía que dejar avanzar a los persas hasta el istmo sin combatir significaba dejarles llegar frescos y descansados al encuentro decisivo. Vamos, que al final los atenienses, cuyo estrategia Temístocles estaba demostrando una personalidad y una

lucidez impresionantes, estaban consiguiendo lo que querían. Estos disponían de una flota importante, y consideraban más probable que los griegos infligieran a los bárbaros una derrota decisiva por mar que sobre el frente terrestre. Se trataba, según Temístocles, de detener cuanto más al norte posible al ejército persa, obligando a Jerjes a buscar una penetración o un giro con la flota.

Al final, a los espartanos la estrategia no les había disgustado, porque preveía que el volumen mayor de las fuerzas griegas permaneciera alrededor del istmo de Corinto, como reserva y extrema defensa. Se trataba, entonces, de emplear en la campaña terrestre del Septentrión sólo una mínima parte de las tropas a disposición.

No había sido fácil encontrar un acuerdo sobre el punto que había que presidar. ¿A qué altura había que disponer el frente? En la Grecia septentrional y central existían estrecheces, pasos de montaña, y galerías en número suficiente para que los griegos estuvieran discutiendo durante meses. La poca fiabilidad de los tesalios llevó a la derrota en un primer intento de detención en el paso de Tempe, a los pies del Olimpo, donde se había insidiado un contingente con 10.000 hoplitas al mando conjunto de Temístocles y del polemenco espartano Euaineto.

La nueva línea de defensa fue individualizada en el paso de las Termópilas, punto de paso entre Ftotide y Málide, y junto a la costa, que se podía observar inmediatamente al este de la punta más septentrional de la isla Eubea. Precisamente allí se había deliberado disponer la flota cuya presencia, a la altura del Capo Artemisio, habría obstruido a los persas el paso al canal entre la costa y Eubea.

Los dos puntos de detención, el terrestre y el marítimo, se enfrentaban, casi fundiéndose en uno sólo, el que confería

al primero un mero papel de apoyo. Además el paso de las Termópilas, con sus quince metros de ancho en el punto más estrecho, era uno de los más angostos de toda la península helénica, y no parecía necesitar un número conspicuo de efectivos para que se cerrara. Se trataba sólo de detenerlo el tiempo suficiente para inducir al gran rey a intentar penetrar el frente con la flota.

Y era necesario actuar con prisas. El ejército de Jerjes sabía marchar extraordinariamente veloz para tratarse de una armada tan imponente.

Se estaba, sin embargo, en el mes sagrado Carneio, durante el que los espartanos dejaban a un lado su instinto marcial para cumplir con sus obligaciones religiosas. De todos modos, eran el estado de unión de la Liga a la que se habían ido añadiendo progresivamente la gran parte de las *polis* griegas, y esta vez no podían echarse atrás. Por otro lado, no respetar los preceptos religiosos significaba molestar a los dioses, y aquello podía resultar igualmente dañino para el destino de la ciudad.

Los éforos habían al final encontrado una solución de compromiso. Que se marchara mientras tanto el rey Leónidas, con un contingente de 300 hoplitas a quienes se les daría un permiso religioso especial. Por el camino hacia Málide el soberano recogería otros contingentes de los Estados aliados, obteniendo tropas suficientes para arenar la presión hasta el final de las Carneas.

Deniece conocía el desarrollo de la guerra y de las estrategias elaboradas por el alto mando. Como él, todos los Iguales que le habían acompañado al estadio para presenciar las competiciones: Eurito, Pantites, Ditirambo y los dos hermanos Alfeo y Marone.

Los espartiatas en edad de combatir no llegaban a las 9.000 almas, y de una forma o de otra se conocían entre ellos.

Desde niños habían desarrollado la costumbre de la convivencia, y era difícil que dos de ellos no hubieran compartido nunca una aventura juntos. Si bien algunos habían desarrollado una relación más fuerte, creando asociaciones llamadas *sissitías* en las que cada espartiata, incluidos aquellos casados, pasaba gran parte del tiempo, al menos hasta los treinta años.

Era una amistad varonil, que se exaltaba en largos discursos sobre el valor bélico, el coraje en la batalla, la superioridad de los Iguales sobre el resto de la Laconia y de la península helénica. Conversaciones acompañadas por ríos de alcohol y un curioso intercambio de tiernas efusiones y demostraciones de fuerza. Cada noche sus conversaciones marciales se iniciaban durante la cena y continuaban a lo largo del Eurotas, inmediatamente fuera del centro habitado, en competiciones de habilidad que iban desde el tiro al blanco a la lucha, o incluso a la violación de las jovencitas ilotas sorprendidas fuera de sus casas. O si el vino había tomado las de ganar, terminaban en la cama juntos, en una intimidad física que era la directa consecuencia de la intimidad espiritual e intelectual.

Cada microcosmo tenía su líder, y el jefe de aquel grupo de camaradas era Deniece. Su conocida amistad con el hermano menor del rey Leónidas, Pausanias, que de joven se había salvado de un jabalí durante una cacería, le confería un cierto prestigio entre sus amigos. Fanfarrón, excesivo en todos sus comportamientos, no era el más robusto de la banda, pero no había prueba en la que no se demostrara el más fuerte. No era el más atractivo y, sin embargo, con él las mujeres se mostraban más juguetonas cuando las cogía sin pedir permiso. No era el más sensible, sin embargo era el primero que todos elegían si querían confiarle algo a alguien. En realidad, Deniece encarnaba a la perfección, con su mezcla de arrogancia y vigor, el ideal del guerrero espartano que la sociedad lacedemón llevaba plas-

mando desde hacía siglos. Todos intentaban emularlo, si bien a menudo tuvieran que constatar que no eran lo suficientemente fuertes, determinados, carentes de escrúpulos y de vergüenza, para soportar la comparación.

Quienes más se esforzaban en imitarlo eran los hermanos Alfeo y Marone, a quienes el padre Orsifanto, viejo participante de tantas campañas, había inculcado sólidos preceptos sobre la superioridad de su gen, que su escasa inteligencia había transformado en intolerancia extrema contra todos aquellos que no formaban parte de su casta. Alfeo tenía en aquel entonces menos de treinta años, y su estatura superaba la de todos los conmiltones. Cuando el ejército estaba alineado, la máscara de su casco se levantaba solitaria por encima de las crestas bajo las que se celaba el entero regimiento. El constante ejercicio gimnástico, del cual ningún espartiatá se ausentaba, impedía a su físico robusto degenerar antes de tiempo, manteniéndolo imponente. Pero era fácil imaginarlo, siendo viejo, arrastrar con fatiga un cuerpo voluminoso y pesado debido a los vicios y el peso de la edad.

En su rostro no había nada que se pudiera definir bien hecho; en sus palabras bien poco que dejara transpirar la cultura clásica que se le había impartido; en sus comportamientos, sobre todo cuando estaba borracho, nada que revelara un encuadramiento de disciplina. Y sin embargo era un sólido combatiente y un camarada insustituible, capaz de desafiar cualquier peligro para quitar a un conmilión de una situación de dificultad.

Su hermano, con casi diez años más, había sido gratificado por los dioses con un poco más de inteligencia, pero no es que hiciera un uso mejor de la misma. Si se hubieran encontrado en peligro, los compañeros habrían preferido tener a su lado a Alfeo, y no porque el más joven fuera el más fuerte, sino

porque nadie del grupo estaba convencido de que Marone se sacrificaría por ellos con la misma solicitud que su hermano. Para Marone existían sobre todo Marone y sus negocios, y sobre Marone se desarrollaban la gran parte de sus conversaciones. No es que estas últimas resultasen disonantes respecto a las de sus amigos, también él ansiaba la gloria de Esparta y se procuraba fama como guerrero, pero en sus informes se olvidaba a menudo de citar la colaboración con el resto de la falange, escandalizando a compañeros educados en el culto de la cohesión y de la colaboración absoluta en el campo de batalla.

En realidad, no había subido jamás de rango en batalla, actuando siempre en perfecta sintonía con el resto de la unidad a la que había sido asignado. Después, sin embargo, si se le escuchaba, había sido Marone el encargado de desmembrar la alineación enemiga, o al menos era esto lo que solía repetir hasta el aburrimiento a sus amigos, que lo escuchaban intercambiando sonrisitas de resignación. Marone estaba demasiado concentrado en sí mismo para darse cuenta, y seguía hablando de su propio valor sin preguntar nunca a los demás una opinión al respecto o un informe de lo ocurrido.

Ya que no le agradaba que le interrumpieran o que tuviera que escuchar a los demás, Marone prefería la compañía de Ditirambo, el más taciturno del grupo. Ditirambo era también el más anciano de la compañía, pero precisamente por su carácter esquivo no había logrado ni siquiera el mando de un pelotón, a pesar de ser un gran soldado. Casi todos los dientes se le habían caído más bien pronto, y por esto prefería no abrir la boca. Según la opinión de sus compañeros era demasiado indulgente, y no siempre se unía a sus hazañas goliardas y a sus abusos. De vez en cuando, se quedaba mirándoles mientras se pasaban el uno al otro a una ilota con la que habían decidido divertirse. Si acaso les ayudaba a detenerla, si ésta se lamenta-

ba. Nadie lo había oído jamás realizando una crítica. Sus amigos sabían que no desaprobaba su comportamiento, sencillamente tenía menos iniciativa y energía que el resto.

—Aquí ya queda bien poco interesante por ver —exclamó Deniece después de que el ilota se hubiera marchado—. ¿Por qué no vamos a ver a Aristodemo y le comunicamos la noticia?

—¿Por qué no? Quizás es el momento bueno para que consigamos pasar un poco de tiempo con él —se apresuró a responder Eurito, que cuando escuchaba hablar de Aristodemo apartaba cualquier otro argumento de la conversación. El espartiatá se sentía profundamente unido al único de la compañía que había decidido no ir al estadio aquel día, y sus sentimientos no eludían el hecho de que Aristodemo fuera el más guapo del grupo. Era tan bello que numerosos escultores le habían pedido que fuera su modelo para las estatuas de los dioses que les encargaban. Evitando caer en la vanidad, Aristodemo había rechazado siempre estas propuestas, si bien en los alrededores de la acrópolis había una estatua de Hermes que se le parecía extraordinariamente, incluso en los rasgos del rostro. Se diría que el artista lo hubiera observado de escondidas mientras ejecutaba los ejercicios diarios de gimnasia con sus compañeros, memorizando los rasgos y sus formas. Aristodemo no se había preocupado de pedir la cuenta al escultor por su trabajo, mostrando el desinterés más absoluto en este asunto, pero casi todos pensaban que por dentro le estaba enormemente agradecido.

También Eurito, por otro lado, era otro que gustaba a las mujeres y a los hombres. Pero la cortedad y el complejo de inferioridad que había tenido siempre en relación con su amigo hacían que fuera menos atractivo que el otro, sobre todo cuando se estaba en compañía de aquel. Si bien sus ojos y sus actua-

ciones dejaban percibir un suficiente sentimiento de seguridad, su mirada era menos fiera, su comportamiento escurridizo respecto al del amigo, ante el que se ponía instintivamente en segundo lugar. No había nada que hubiera hecho antes que Aristodemo o contra éste.

—Si estamos entre los elegidos pasaremos mucho, demasiado tiempo con él —comentó Pantites, el último del grupo. Pantites era de verdad el último que había llegado, el más joven de todos y el único que todavía no había vivido una campaña bélica, ni siquiera de corto alcance. Pero en las competiciones deportivas y en las de habilidad con las armas se había demostrado el mejor, y se podía estar seguro que en la primera ocasión lo habrían llamado. Además, hervía por ponerse a la prueba. Había sido Ditirambo quien había tirado de él y lo había adiestrado, en calidad de su «inspirador», un papel fundamental en la *agogé* espartana.

—Formar parte de este primer contingente es sólo una cuestión de prestigio. Probablemente no habrá que emplear las armas, salvo, quizás, cuando llegue el resto del ejército —observó Deniece, llevando a los otros fuera del estadio, en dirección a la casa de Aristodemo.

—¿Cómo puedes decirlo? —protestó Marone—. Los persas querrán también atacar, y preferirán hacerlo cuando el paso esté presidado por un modesto contingente, más que por un ejército reforzado.

—Olvidas que nuestra estrategia —añadió Deniece— prevé que el éxito de la guerra se juegue en el mar. Jerjes terminará por enfrentarse con la flota, que le consentirá un acercamiento más rápido hacia Ática. Si llega a ganar, podrá tomar entre dos fuegos el presidio en las Termópilas, cualquiera que sea su consistencia. Pero si ganamos, como es probable, el frente terrestre podría no llegar a ser un teatro de operaciones bélicas.

—Por lo que de nuevo no podremos los espartanos embellecernos con los restos de los enemigos persas, ¡vaya! —exclamó asqueado Alfeo.

—No está dicho —respondió enigmáticamente Deniece, añadiendo inmediatamente después—: olvidas que como jefe de la flota está un lacedemón. La victoria nos la atribuirán de todos modos a nosotros.

—Ganar por mar no es lo mismo. Los verdaderos guerreros hacen ver cuánto valen en la tierra firme, en el cuerpo a cuerpo con el enemigo, sin naves u olas de por medio. ¿Acaso Heracles, Aquiles y Áyax consiguieron glorias militares siendo marineros? —se quejó Eurito. Su intervención pareció poner fin a la discusión, que se apartó de argumentos menos complicados, hasta que llegaron a la altura de Cinosura, donde vivía su amigo.

Una vez que llegaron junto a su habitación, vieron llegar al ilota de Aristodemo, Tisia. Se le veía acalorado y claramente ansioso por entrar en casa. Deniece lo llamó antes de que pudiera cruzar el umbral de la casa.

—¿Oye tú, vas a ver a tu dueño? —se apresuró a gritarle.

—Claramente, señor —respondió deferente el ilota—. Quizás también vosotros queráis tener noticias sobre la decisión de los éforos.

—Ya lo sabemos, y queremos ser nosotros los que le demos la noticia a tu dueño, para ver cómo la recibe —precisó Deniece.

—¿Conocéis también la decisión del rey Leónidas de llevar consigo sólo hombres que han tenido ya hijos? —contestó el esclavo—. Lo han dicho sólo en un segundo momento, cuando los mensajeros se habían ido ya a difundir las voces por el estadio.

Deniece lo agarró por un brazo, apretando tanto que provocó un gemido en el esclavo. Ahora el ilota sabía que aquel umbral no podía cruzarlo antes que ellos, por ningún motivo.

—¿Soldados con hijos? ¿Y eso? —le exclamó preocupado Alfeo, que no los tenía.

—Para que la estirpe sobreviva, está claro —sentenció Deniece, dejando el brazo casi morado del pobre esclavo.

—¿Ves cómo la misión se juzga peligrosa? —dijo Marone—. Por lo que parece, no se va a hacer gimnasia en el Septentrión.

—¡Tú quizás vayas al Septentrión! —exclamó asqueado el hermano—. A mí ni siquiera me tomarán en consideración, y de esta forma obtendrás una gran ventaja sobre mí en términos de gloria.

—Verás cómo nuestro padre hará valer su influencia para que tú también puedas venir. ¡Qué va a perder él la ocasión de situar a sus dos hijos mayores en un asunto que huele a gloria ya de lejos! A fin de cuentas, hijos ya tiene otros dos, así que la estirpe no quedará cancelada.

—¿Y yo entonces? —preguntó Pantites—. Mi mujer está embarazada. ¿Vosotros creéis que me tendrán en consideración?

Su intervención provocó una carcajada generalizada entre los demás, que Deniece con su típica autoridad se encargó de apagar.

—Está bien, ahora escuchemos la opinión de Aristodemo. Entra y anuncia que traemos buenas noticias. Y límitate a esto —dijo, dirigiéndose a Tisia.

Desde hacía unos instantes, el ilota no tenía en la cabeza hacer otra cosa diferente y se apresuró a entrar en la casa. Apareció por la puerta un poco más tarde, invitándoles a pasar al patio. Los espartiatas tuvieron que esperar sólo pocos segundos antes de que Aristodemo asomara por el edificio. Eurito se emocionaba cada vez que se encontraba delante de él y, en los rincones más escondidos de su mente, los otros sentían un poco de envidia por su atractivo.

El espartiatas era alto, proporcionado, con los músculos esculpidos y exaltados por el sudor de aquel veraniego día caluroso. Llevaba sólo un paño corto alrededor de la cintura, y se movía con la lentitud estudiada de quien es consciente de su propia belleza, con pasos largos y cadenciados, y un movimiento de hombros que secundaba también con la pelvis. El pelo, largo como el de cada espartiatas, era de un negro tan intenso que conseguía acaparar al cuerpo estatutario cualquier atención del interlocutor.

—Parecéis ansiosos por anunciarme algo, amigos. ¿O me equivoco? —inició el anfitrión, al saludarles.

Nadie se atrevió a decir de qué se trataba antes de que hablara Deniece. El Igual esperó unos segundos, complaciéndose de su propia autoridad. Luego se ocupó de indicar las noticias, acompañadas de sus valoraciones. Lanzó una flecha al amigo:

—Esto debería solicitar tu atención para los asuntos bélicos, que desde hace un tiempo a esta parte no me parece que estén situados en la parte superior de tus pensamientos.

Aristodemo no parecía contento.

Por la noche quedaron todos a cenar en la *sissitías*, como cada día, si bien muchos de ellos, habiendo pasado los treinta años, no tuvieran la obligación de anteponer la compañía de los conmlitones a la de la familia. Acompañaban con el vino el pasto frugal que abrieron con el pan de orzo, llamado *maza*, continuando con el plato típico de Esparta, la sopa negra, una menestra de sangre con carne de cerdo, para terminar con una especie de dulce a base de queso e higos.

Y precisamente, mientras consumían la comida, sentados los unos junto a los otros, fueron anunciados los nombres de los trescientos elegidos por los *hippagretos*. Estaban todos, y aquello desencadenó gritos de júbilo sobre todo por parte de Alfeo, que lo había esperado sin creer mucho en ello. Por lo que pare-

cía, el padre había conseguido enviar a ambos hijos al matadero, pensó Aristodemo mientras les observaba cómo se felicitaban los unos a los otros y fantaseaban sobre su inminente empresa. Después de la cena, sin lugar a dudas, lo celebrarían de un modo u otro.

—Ni siquiera hoy, cuando te lo hemos dicho, te has alegrado —le dijo Eurito, prestando la voz de Deniece, demasiado orgulloso para preguntar el motivo de su malhumor.

Aristodemo observó al compañero, compadeciéndose del mismo. Lo miraba siempre así, consciente de representar, para Eurito, un modelo a imitar, a pesar de ser coetáneos.

—Se va a morir, ¿os dais cuenta? —dijo.

—Por Apolo, ¡pero eres un espartiatá! —exclamó Deniece, esta vez dando él voz a Eurito, que no se habría atrevido a poner en una situación incómoda a su amigo—. Además, morir en una batalla ¡debería ser la aspiración más legítima que se puede tener!

—Lo sería, de hecho —replicó Aristodemo—, si fuéramos a morir para salvar a nuestra patria.

—¿Y no es así, acaso? —preguntó enfadado Eurito.

—No. Aquí se morirá sólo y exclusivamente por la ambición personal y por las frustraciones de Leónidas —sentenció el interlocutor.

—Explícate mejor —le dijo Deniece, provocando.

—Hablemos claro: el rey ha llegado al trono gracias a la muerte precoz de sus dos hermanos mayores. Nadie esperaba que se convirtiera en soberano de Lacedemón, y eso hace que sea poco representativo.

—¿Y bien?

—¿Y bien? ¿Qué es lo que necesita un rey para ser creíble ante los ojos de los ciudadanos que no lo estiman? Una campaña, y posiblemente una batalla —añadió Aristodemo.

—Te hago notar —objetó Eurito con su típico tono lleno de temor— que los espartanos tendríamos de todos modos la obligación de marchar, tarde o temprano. Su campaña, y probablemente también la batalla, la tendríamos de todos modos.

—Pero en la dirección de un ejército panhelénico, compartiendo el mando con otros estrategas y probablemente con un mero papel de apoyo en el frente marítimo. En ese caso no se tendría tanta gloria, ¿no es así? —intervino Deniece.

—Exacto —confirmó Aristodemo, para nada asombrado por la perspicacia de Deniece—. Marchando ahora, con un puñado de hombres, el rey se asegura un trozo de gloria bien superior. Y veréis que intentará dar batalla antes de que lleguen el resto de los aliados.

—Y aquí te equivocas —objetó Deniece—, porque se trata claramente de un riesgo calculado. Jerjes atacará por mar, y sólo cuando los otros contingentes hayan llegado a las Termópilas. Leónidas no tiene ningún interés en buscarse más problemas. Le basta el prestigio adquirido sencillamente llevando un modesto ejército contra los bárbaros.

—Pero causaría más efecto si hubiera una batalla, quizás con numerosos caídos en nuestras filas y pocos supervivientes, uno de los cuales podría ser precisamente el rey —replicó Aristodemo.

—Bien. ¡Estar entre los supervivientes de una empresa heroica es seguramente el modo mejor para conquistar una fama eterna! —comentó Eurito, esforzándose en dar razón a su amigo.

—¡Exacto! ¡Estar entre los supervivientes de una empresa heroica es *seguramente* el modo mejor para conquistar una fama eterna! —exclamó con mayor énfasis Aristodemo—. ¿Pero no os dais cuenta que ya estamos condenados de todos modos, independientemente de cómo vayan las cosas? Pensadlo bien. De

los trescientos elegidos entre los *hippagretos* no hay nadie que haya formado alguna vez parte de los *hippeis*, ni han llamado por clases de edad. Leónidas no ha pretendido a los mejores, como habría sido lo normal tratándose de una actuación un poco delicada. Ha pretendido que se eligiese entre aquellos con hijos, pero sin una carrera militar de alto perfil. En sustancia, ha hecho de forma que se elijan a los sacrificables, aquellos no tan jóvenes que resulten todavía promitentes. Aquellos que después de unos años de campañas no han sido notados por nadie. Esparta no se puede permitir perder a sus mejores guerreros, pero se puede permitir prescindir de *nosotros*...

—Y bien —exclamó Eurito, para nada desanimado—, ¡éste sería un buen motivo para obtener de una vez el prestigio adquirido por otros en una carrera más larga!

—¿Por un rey que no tiene ninguna estima de ti? Verás que seremos dirigidos por los peores imbéciles de Esparta. Los mejores oficiales se quedarán aquí. Y no se consigue nunca nada de bueno sin un buen oficial.

—Bueno, podría ser una buena ocasión para desarrollar una rápida carrera. No es necesario diferenciarse a la fuerza con veinte años. No es que nosotros seamos buenos, es sólo que no hemos tenido todavía nuestra ocasión, eso es todo.

—¿Pero no has entendido todavía que tu carrera será determinada para siempre después de haber alcanzado las Termópilas? A Leónidas le sirve un puñado de muertos para ganarse la gloria, ¡y no dudará en mandarnos al matadero! —cortó rápidamente Aristodemo, golpeando las manos sobre la mesa.

—Hay algo de lógica en lo que dices —replicó Deniece—. Pero Leónidas no debería solamente sobrevivir a una batalla, debería también comportarse heroicamente, para eliminar cualquier duda sobre su conducta. Sólo así tendría un resultado a su favor.

—¿Y qué necesita, siendo un rey? Para un soldado, que está obligado a obedecer las órdenes, es más difícil, pero para un rey las órdenes las da un rey. Por lo que yo sé, podría también acordarse con los bárbaros y dejarse matar para obtener una ventaja personal —observó Aristodemo con rencor.

—¿Pero te das cuenta de lo que dices? —respondió Deniece—. Estás hablando de nuestro rey. ¡De un rey Lacedemón! ¡Quedaría condenado para la eternidad! Sigo convencido de que se trata solamente de un astuto político en busca de fama militar a bajo precio.

—¿Político astuto? Ese es un hombre sin escrúpulos, te lo digo yo. ¡Nos llevará a todos a la muerte! —replicó Aristodemo, con un repentino gesto nervioso que hizo que todos los allí presentes se sobresaltaran.

—¿Por qué sientes tanta animadversión hacia Leónidas? —le preguntó Deniece, con la mirada clavada en la de su amigo.

—¿Animadversión? ¿Pero de qué hablas? —respondió Aristodemo, volviendo instintivamente a mantener la calma—. Es sólo que no me parece que esté a la altura de un rey de nuestra tradición, eso es todo. No es imponente, no es carismático, no tiene encanto ni autoridad, y si el destino no le hubiera dado un hermano demente y otro tan ambicioso para irse a buscar un reino a otros lugares, no se habría convertido en nuestro rey.

—Precisamente por esto, va en busca de gloria a buen mercado, pero aunque fuera como dices tú, ¿habría que estar seguro, no te parece? —le respondió Deniece, levantándose y dejando que terminara la discusión con Eurito, quien por su parte no se sentía nunca en grado de contraponer alguna tesis a las de Aristodemo. El amigo habría más bien querido continuar juntos la velada pero Aristodemo, distante y serio, no le dio modo de intentar algún contacto y, levantándose con un brusco gesto de despedida, se fue por su cuenta.